



**A D. Francesc Pardo,  
el amigo,  
agradecidos, *in memoriam***

En la noche del jueves 31 de marzo, en Cuaresma, falleció **Mons. Francesc Pardo Artigas**, obispo de Girona, miembro de la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana, y para nosotros en particular, el obispo responsable de **Pastoral de la Salud**.

En estos momentos de duelo, mucho tenemos que agradecer a D. Francesc como **Profesionales Sanitarios Cristianos (PROSAC)**, y será bueno recordarlo, porque es lo justo y un deber moral. No pretendemos desglosar su biografía presbiteral y obispal con las respectivas competencias que ha desarrollado, sino más bien, queremos aproximar retazos de su gran humanidad como persona, algunas experiencias de su enfermar y en el proceso final de vida, y las cualidades que nos regaló en su etapa al frente de la Pastoral de la Salud.

Ante todo, D. Francesc siempre fue un hombre de gran bondad, sencillez y humildad, valores éticos que muchas veces no están de moda ni al alza, pero así era su verdadero talante cotidiano. Esa actitud tan espontánea le acercó a muchas personas muy diversas, de ideas y condición, fueran del mundo sanitario, cultural, social, religioso o político, y la gran mayoría de ellas dan fe de que su cercanía era sincera, sin vanagloria. No siempre fue bien comprendido en todos los ámbitos -nada extraño en tiempos tan inciertos y convulsos como los actuales- pero sí era muy querido por mucha gente y merecedor de gran respeto y consideración por ser afable, dialogante y conciliador. Fue un trabajador incansable, un pastor solícito a las preocupaciones e inquietudes que le planteaban sus feligreses y dispuesto a compartir con serenidad y claridad cualquier propuesta de transformación y mejora. No le asustaban los cambios, sino el inmovilismo, los maximalismos o extremismos, el revanchismo y los fatalismos desesperanzados. ... ¡A él, que vivía permanentemente en la “espera esperanzada”, con actitud compasiva y misericordiosa, con los pies en la tierra y la mirada puesta en Jesús!

Quienes escribimos estas líneas, sin duda teñidas de gran afecto a D. Francesc pero que no restan un ápice de objetividad, sabemos que fue un auténtico “sanador herido”. Sufrió enfermedades y procesos muy graves, experimentó en carne propia la hondura y complejidad de la vulnerabilidad y fragilidad humanas, pero siempre vivió, creyó y actuó, fortalecido por la inmensa esperanza en esta vida terrenal y en el ser humano y, sobre todo, en la VIDA postrera junto a Dios. En cada trance de su enfermar, y más aún en su

dura y dolorosa etapa final de vida, dio un testimonio profundo de aceptación de su realidad, de colaboración estrecha y muy confiada en sus médicos y enfermeras, de identificación plena con otros enfermos en similar situación, de dejarse cuidar quien tanto cuidó a tantos, y finalmente, de asumir la Cruz sabiendo que después vendría la Resurrección. También, en la relación interpersonal médico-paciente fue un modelo de escucha atenta y activa, de apoyo a todos los profesionales sanitarios transmitiéndoles con ternura qué esperan los enfermos de sus cuidadores y cuánto se agradece una palabra, una sonrisa y un trato amable y respetuoso. Siempre regaló su sonrisa a todos los que se le acercaban, una sonrisa que atraía y endulzaba los momentos difíciles o de tensión, que aproximaba y consolaba; y no pocas veces, iba acompañada de una mirada feliz de niño grande, de hombre sabio, de padre bueno.

Como obispo responsable de Pastoral de la Salud -incardinada ésta, en la actualidad, en la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana- su estela ya deja huella. Asumió una misión difícil en un tiempo complicado y en un contexto intraeclesial complejo, y supo afrontar su tarea de buen pastor “en compañía” de presbíteros y laicos, escuchando y templando debates y actuaciones, siempre con enorme respeto y valorando con exquisita delicadeza cualquier opinión que contribuyera al acuerdo y a unir posturas. Compartió con nosotros diversas Jornadas y encuentros de PROSAC, nos aportó su vivencia y experiencias de la enfermedad y cómo acercarnos al sufrimiento humano siguiendo las virtudes prácticas reflejadas en la parábola del Buen Samaritano. Y nos dijo algo crucial, que siempre reconociéramos nuestra propia alma herida para conectar mejor con el sufrimiento del hermano enfermo. Nos consta que su buen carácter, sana predisposición, una fe muy probada y su inquebrantable amor y compromiso en la Iglesia, actuaron de bálsamo en ciertas ocasiones que se tornaron tensas. Y también sabemos, que esa bonhomía que transpiraba y transmitía, significaba ser testigo de una Iglesia Pueblo de Dios en la que creía y pensaba que los laicos debían ser reconocidos, valorados y consultados. Desgraciadamente, en algunas ocasiones no encontró suficiente respaldo, ni se le reconoció de modo cabal su planteamiento integrador, transversal y unitivo de la Pastoral de la Salud para hacer realidad una “sociedad (y comunidades) de los cuidados”.

D. Francesc, fiel amigo y cuidador espiritual, nos queda su recuerdo, su sonrisa, su bien hacer, y eso es un auténtico regalo. Ya tenemos un intercesor más junto al Padre, María y José. Usted, ha sabido y quiso encarnar su trabajo y misión eclesial como “*Medicina de la misericordia en hospital de campaña*” (FT), en certeras palabras de nuestro querido Papa Francisco. Descanse en la PAZ que tanto anheló.

**Manuel de los Reyes**  
*Presidente de PROSAC*  
*Madrid*

**Carme de Castro**  
*Responsable de PROSAC*  
*Girona*